

LEGADOS

DIEGO TATIÁN

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

MILITANTE EN EL 18 –TAMBIÉN ABOGADO, PERIODISTA, ESCRITOR– DEODORO ROCA (1890-1942) FUE QUIEN LE PUSO LETRA AL GRITO DE LA FEDERACIÓN UNIVERSITARIA DE CÓRDOBA. CON ESTA RELECTURA DE SU OBRA, DIEGO TATIÁN PROPONE ALGUNAS CLAVES PARA CREAR UNA NUEVA CONVOCATORIA A LOS –Y LAS– LIBRES DE SUDAMÉRICA.

En los años 30 la Reforma de 1918 parecía haber quedado muy atrás; la “Gran Prensa” – entonces como ahora “proa de vastas empresas comerciales” – movilizaba miles de escribas para conjurar “la liberación del hombre”, y la década que sería considerada “infame” se extendía en todos los órdenes. En el mismo momento en que Deodoro Roca redactaba textos de extraordinaria sensibilidad para detectar el estropicio social y cultural en curso, Borges escribía las breves narraciones de su *Historia universal de la infamia*; explícita en un caso y tácita en el otro, una irrepetible crítica cultural de la infamia encuentra en esas páginas surgidas de plumas tan disímiles su mejor archivo. A lo que deberíamos añadir el compromiso antifascista que imaginariamente traza en esos años otro vínculo entre Deodoro y Borges, aunque la gran prosa borgiana sobre el nazismo (*El milagro secreto*; *Deutsches Requiem*; *Anotación al 23 de agosto de 1944...*) data del final de la guerra, en tanto que la ensayística de Deodoro –que cuenta con piezas extraordinarias como *El esqueleto jurídico del racismo* o *Hitler y Charcot* (no así *José Baker y Mussolini*, una de sus páginas menos afortunadas)– tiene su fragua en los años más aciagos, cuando todo hacía presumir lo peor.

Deodoro no alcanzó a conocer el desenlace de la guerra, murió en el momento más incierto. Sin embargo, jamás perdió una confianza en los seres humanos para revertir las adversidades de la historia, que en los años treinta tenía nombres

EL EFECTO DEODORO

propios de inequívoca elocuencia: Mussolini, Hitler, Franco, Oliveira Salazar... Esa confianza es acaso el secreto del humor, la ironía y, nos atrevemos a decir, el estado de felicidad de la lengua no obstante la infamia, que es manifiesta en la escritura de Deodoro –como en esos mismos años también lo es en la de Macedonio Fernández, Juanele Ortiz o el propio Borges (no así en la de Arlt) –, a la vez que la clave para la lectura del libro del mundo que emprende en cada uno de sus textos con pasión lúcida.

En 1957 Ezequiel Martínez Estrada dedicaba *Las 40* a Deodoro Roca, y adjudicaba el hecho de que permaneciera inédito y desterrado de la cultura argentina no tanto al carácter intemperante de su prosa como al estilo, definido en su caso por lo que no se permite a sí mismo y por un combate sin concesiones contra la manera de hablar y de escribir a las que todo parece destinar –un estilo que fue capaz de sustraerse a las tradiciones y las imposiciones retóricas inscriptas en “el mercado, el cuartel y el templo”, paradigmas de la vida nacional, según decía allí Martínez Estrada–. Para ser justos, tal vez el cuartel, el mercado y el templo sean los principios dados de cualquier sociedad, contra los que cada generación (concepto que ocupaba el centro de la cultura del dieciocho) renueva la tarea de aprender a decir algo diferente y nuevo. Sin embargo, hay lugares precisos del globo terráqueo en los que esa tarea de resistencia al conservadurismo que confía su eternidad a la

tenacidad de una ortografía, de una pronunciación, de unos significados que perseveran siempre iguales, adquiere una dimensión descomunal. Uno de esos lugares es Córdoba.

En el comienzo de la segunda parte del *Facundo*, Sarmiento hablaba de Córdoba sin haber estado nunca en ella: “En cada cuadra de la ciudad hay un soberbio convento, un monasterio o una casa de beatas o de ejercicios... la célebre Universidad de la que han salido muy distinguidos abogados, pero literatos ninguno que no haya ido a rehacer su educación a Buenos Aires y con libros europeos”. Mientras en Buenos Aires, contrasta Sarmiento, el *Contrato social* va de mano en mano, y Voltaire, Montesquieu, Tocqueville y Adam Smith circulan como el pan, en esa “catacumba española” llamada Córdoba se desprecia los idiomas vivos, y no sólo en la Universidad: “el pueblo de la ciudad, compuesto de artesanos, participa del espíritu de las clases altas; el maestro zapatero se daba aires de doctor en la zapatería y os enderezaba un texto latino al tomarnos gravemente la medida; el *ergo* andaba por las cocinas, la boca de los mendigos y locos de la ciudad, y toda disputa entre ganapanes tomaba el tono y la forma de conclusiones”. Frente a la ciudad comercial y revolucionaria del puerto, esta otra, sumida por completo en una lengua muerta.

La prosa de Deodoro Roca hace un hueco en el lenguaje de una ciudad que no había cam-

LEGADOS

biado mucho desde la precisa página del *Facundo*. Por ello, las primeras líneas del *Manifiesto liminar* (redactado por Deodoro, quien sin embargo sustrae su firma) se apresura a dar por consumado el acto, que consta de dos momentos –cuya dificultad es sin duda mayor en el segundo que en el primero–: haber roto “la última cadena”, y haberse decidido a “llamar a las cosas por su nombre”. Como si por fin hubiera sucedido algo: una emancipación histórico-política –romper con “la antigua dominación monástica y monárquica”, a la vez que “borrar para siempre el recuerdo de los contrarrevolucionarios de mayo”–, pero sobre todo una liberación del lenguaje que parecía por siglos postergada.

Las palabras de las que el texto se vale para llamar “por su nombre” al estado de cosas universitario que acaba de ser destituido (“mediocridad”, “ignorancia”, “insensibilidad”, “burocracia”, “rutina”, “anacronía”, “sumisión”...), enseguida dejan paso a otras que procuran nombrar positivamente lo que aún no tiene nombre, el acontecimiento del que ese texto de intervención dirigido a “los hombres libres de Sudamérica” es el registro inmediato, casi simultáneo. En este sentido, resulta llamativa la recurrencia de la palabra “espíritu” en los escritos reformistas (“fuerzas espirituales” es la expresión del *Manifiesto*, en obvia sintonía con las “fuerzas morales” de Ingenieros) así como también de la palabra “vida” y la palabra “amor”, seguramente reveladoras de la influencia que el bergsonismo ejercía en la cultura argentina de aquellos años.

No se trata pues tanto de revelar una deposición como de encontrar los términos capaces de referir una invención: “democracia universitaria”, “futura república universitaria” son algunos de los nombres empleados para designar eso que, aunque no se sabe muy bien qué es, acaba de ser producido por “actos de violencia como ejercicio de puras ideas”. Pero ese “sagrado derecho a la insurrección” que en 1918 se activa una vez más contra un “régimen administrativo”, contra un “método docente” y contra un “concepto de autoridad”, parece inmediatamente experimentar una excedencia que busca su propia comunicación, su expan-



Militantes detenidos después de tomar la UNC, 9 de septiembre de 1918

sión en el espacio y su transmisión en el tiempo. Se vive como una “revolución de las conciencias” que se abisma más allá de ellas hacia lo inexperimentado, en todas direcciones: reforma social, revolución cultural, fraternidad latinoamericana. Rareza innominada que, con prosa casi exhausta, la última línea del *Manifiesto* llama “la obra de la libertad”.

Acaso sea ese uno de los más inadvertidos legados de la Reforma: mostrar la carnadura ideológica de las palabras naturalizadas en la manera de hablar dominante que amenaza invadirlo todo. Hoy las palabras son otras pero la tarea es la misma: provenientes no tanto del templo y el cuartel como del mercado, una profusa nomenclatura empresarial impone una nueva mediocridad universitaria: “competencia”, “crédito”, “meritocracia”, “incentivo”, “innovación”, “excelencia”, “emprendedurismo”... son los términos que una crítica de inspiración reformista deberá mostrar como la actual semántica del sometimiento. Resistir la imposición de una “lengua única” que pretende hacerse pasar por obvia; inventar nuevas mane-

ras de hablar capaces de precipitar otra vez “la obra de la libertad”, y también preservar de su extinción burocrática el anhelo de cambiar la vida y comprender el mundo.

La expresión “efecto Deodoro” remite aquí a una *Sprachkritik*, a una crítica del lenguaje de la que no podrá prescindir –como no lo hizo en 1918– la batalla cultural contra los sistemas de dominación, en la Universidad y fuera de ella, cuyas palabras cada nueva generación deberá aprender a descifrar para revelar lo que ocultan, lo que reproducen y lo que imponen. Y remite también a la necesidad de inventar palabras propias, o recuperar algunas antiguas que mantienen intacta su carga emancipatoria. Una de ellas es *gratuidad*, que la generación reformista impulsó en 1918 y el peronismo concretó en 1949.

Acaso la palabra gratuidad (cuya riqueza encripta legados económicos, filosóficos, teológicos y políticos) sea aún adecuada para organizar una resistencia académica y cultural contra la conversión de la universidad en una empresa, y transmita a quienes acaban de llegar el anti-guero secreto para una nueva autonomía.